

CIUDADANOS DEL MAÑANA. LA REVISTA *LOS NIÑOS* Y LA EDUCACIÓN CÍVICA

Citizen for tomorrow.
Civic education and the child review Los Niños

Ana MARTÍNEZ ARANCÓN
UNED

Fecha de aceptación de originales: febrero de 2006
Bibliid. [0212-0267 (2005) 24; 291-308]

RESUMEN: La educación política es una cuestión que cobra especial relevancia en los periodos en los que se instaura un régimen democrático. Así sucedió en España con la Revolución de 1868.

En este aspecto, me ha interesado especialmente el análisis de las vías indirectas de esta educación, como la literatura, las revistas o el teatro.

En este artículo se realiza una lectura de los contenidos de una revista infantil, *Los Niños*, desde este punto de vista.

Las conclusiones son muy interesantes. Se pone de manifiesto el interés por formar, desde la infancia, futuros ciudadanos, y este propósito se concreta en la difusión de una serie de valores fundamentales: el amor a la patria, la tolerancia, el rechazo a la violencia como método de actuación y un modo de vida moderado, basado en el trabajo, el ahorro, la conformidad con la propia condición y, en el caso de las niñas, la abnegación.

PALABRAS CLAVE: Educación cívica, historia de la educación, ciudadanía, revistas infantiles, educación democrática.

ABSTRACT: The political education is a matter of extraordinary importance during the implantation periods of a democratic system. That's what happened in Spain in the Revolution of 1868.

According to this, I have been especially concerned in the study of the allusions to this education in literature, reviews or theatre.

In this essay, according to this point of view, it is done a lecture of the contents of a child review, *Los Niños*.

The conclusions are very interesting. We realize that even from childhood they were deeply concerned about the education of the future citizens and this idea is concentered in the spread of a set of basics values: the love of fatherland, the tolerance,

the disapproving of the violence as method of behaviour and a way of life temperate, that is based on the work, the saving, the conformity with the own social condition and, in the case of the girls, the abnegation.

KEY WORDS: Civic education, history of education, citizenship, infant reviews, democratic education.

LA REVOLUCIÓN DE 1868 se planteó con un sentido de renovación profunda, de regeneración de la vida política, que le otorga un puesto excepcional dentro de la agitada historia del siglo XIX. Lejos de pretender simplemente un cambio gubernamental, como otras revoluciones o algaradas de las que sacudieron la centuria, desea realmente colocar a España entre las naciones libres y modernas, equipararla al resto de Europa y hacerla prosperar económica y moralmente. Con tan nobles aspiraciones, logró concitar, en su principio, un gran número de adhesiones de muy diverso signo, y fue precisamente por lo amplio y elevado de su proyecto por lo que suscitó luego, tras su fracaso, tal desilusión y tantas críticas amargas no sólo por parte de los que fueron desertando de la unidad primera, sino también de quienes habían creído y esperado en ella y la habían defendido hasta el final. Sin embargo, supo crear un estado de opinión tan generalizado acerca de la urgencia de una modernización y democratización del país, que el nuevo orden político surgido de la Restauración monárquica se vio obligado a aceptar, aunque adaptándolas o modificándolas en parte, muchas de sus ideas originales.

Dentro de ellas, y podríamos decir que en su núcleo mismo, estaba la preocupación por la educación popular. Entregar al pueblo su libertad, poner en sus manos la iniciativa de los asuntos públicos, convertirlo, en fin, en sujeto de la historia, era algo que llenaba de ilusión a los revolucionarios, pero que también les causaba un poco de miedo, que fue creciendo hasta rozar con el pánico cuando los sucesos de la Comuna parisina les hicieron ver los riesgos que corría, en manos populares, la sociedad liberal burguesa que trataban de edificar de forma duradera. No es que culpasen al pueblo por su ignorancia; al contrario, confiesan que, a pesar de ella, se ha comportado con gran sensatez y ha llevado a cabo nada menos que el derrocamiento de un trono sin mayores violencias. Pero no tiene la costumbre de la libertad. De modo que, si se deseaba que los avances democráticos no se quedasen en papel mojado, sino que hubiera un verdadero progreso, era necesario enseñarle a hacer buen uso de ella. Y para esto no bastaba con instruirle en sus derechos y deberes, hacerle aprender la Constitución y explicarle someramente el funcionamiento de las instituciones y el significado de los principales conceptos políticos. Eso está bien y es necesario, pero insuficiente. Para que los frutos de la revolución puedan lograrse es fundamental, además, crear hábitos y costumbres cívicas, sin las cuales, como reconocen varios autores¹, de poco sirven

¹ Por ejemplo, leemos: «Costumbres cívicas, que son las que le harán libre, (...) porque sin costumbres de nada sirven las leyes, siendo éstas letra muerta» (GARCÍA RUIZ, E.: *La República democrática unitaria y la República federal*, Madrid, 1869, p. 44). También José Leopoldo FEU, en su *Aforística social* (Madrid, 1903, p. 154) dirá: «Arraigan poco las leyes faltando la savia de las costumbres».

las leyes, que no serán más que un maquillaje superficial, que oculte sin hacerlos desaparecer los males de la patria, que tal vez los haga fermentar silenciosamente, agravando la situación y provocando futuros estallidos, más terribles por menos esperados. Es necesario enseñar a ser libre, así como a contribuir, con la actuación de cada día, al bien común y a la prosperidad y tranquilidad públicas. Y esta educación cívica, de un carácter más amplio, no cabe, o apenas puede apuntar, en el estrecho marco de los muchos catecismos políticos que se publican durante el Sexenio.

Se trata de promover unos mínimos de convivencia basados en la tolerancia, el respeto, el sentimiento de la patria como una empresa común, la obediencia a la ley, el rechazo de la violencia como método de actuación política, el sentido del deber y, en la esfera privada, el amor al trabajo, el reconocimiento del mérito, los hábitos de ahorro, previsión y vida ordenada en el seno de la familia. Y para difundirlos se hace uso de literatura especializada, como los libros del pueblo, pero también se utilizan otras vías secundarias, que difunden la doctrina con persistencia, pero con amenidad, como es el caso de las novelas, los folletines, los periódicos y las revistas.

Uno de los autores que con más ahínco se dedican a esta tarea pedagógica es Carlos Frontaura (Madrid, 1835-1910)². Fue escritor, periodista y empresario, uno de esos hombres que afrontaban la casi heroica empresa de ganarse la vida con su pluma, lo que les obligaba con frecuencia a una actividad casi frenética. Perfecto ejemplo de ello, Frontaura hizo de todo un poco: tradujo obras francesas, entre ellas alguna novela de Maupassant, escribió obras costumbristas, varias novelas y algunos juguetes cómicos destinados al teatro, y fue un reputado periodista y un impenitente fundador de periódicos, algunos de gran éxito, como *El Cascabel*, y otros de vida más efímera, como *La cosa pública*, que crea en colaboración con otro personaje siempre inquieto y activo, Julio Nombela, en los albores de la Gloriosa, pero que pronto deja de salir, debido a las diferentes posiciones políticas que adoptan los dos principales colaboradores³.

Frontaura es un liberal bastante moderado, que se sentirá, luego, muy cómodo en el canovismo, desempeñando incluso algún cargo de poca importancia. Pero a lo largo de su carrera hizo gala de una constante preocupación por una modernización ordenada de España y sobre todo por lo que será la base más sólida para ello: la educación popular, ideal que inspira la práctica totalidad de su obra. Su mujer, Elisa Montoya, que se ocultaba bajo el pseudónimo de *Antonio María*, compartía esta inquietud y es autora de varias colecciones de cuentos morales y otras obras de carácter educativo.

En 1870, Frontaura funda en Madrid una revista infantil, *Los Niños*. Es una publicación muy notable y que gozó de los favores del público, lo que nos resulta fácil de comprender cuando la hojeamos. En primer lugar, tiene un aspecto más elegante y agradable que las anteriores muestras del mismo género. El papel es

² Sobre esta interesante figura de las letras españolas del siglo XIX, ver PALENQUE, Marta: «Carlos Frontaura escritor y empresario. Su obra literaria y periodística: *El Cascabel*», en ORTEGA, Marie-Linda (ed.): *Escribir en España entre 1840 y 1876*, Madrid, 2002, pp. 163-200.

³ Nombela se alistó en las filas del carlismo, en cuyo seno publicó un interesante periódico, *La Margarita*. Frontaura, «más conservador» (dice Nombela) se inclinaba hacia los alfonsinos.

bueno, la cabecera atractiva, el tamaño cómodo, la letra grande, y los grabados abundantes y de buena calidad. También el contenido está muy cuidado: colaboran famosos escritores y todos, con el director a la cabeza, tratan de elaborar textos amenos y breves, que no aburran a los pequeños lectores, y de poner las ideas que intentan difundir a su alcance, mediante narraciones, chistes o aforismos. La intención confesada del fundador es hacer una revista adecuada para los niños, moderna y a la altura de su modelo, que según se nos informa era el *Magasin d'éducation et de récreation*, publicado en París bajo los auspicios de Julio Verne. El subtítulo de *Los Niños*, Revista de educación y recreo, rinde homenaje a su modelo.

Pero la novedad no se queda en la forma: la intención de Frontaura es claramente política, y mediante este órgano procura formar a los futuros ciudadanos. Los niños de ahora son el futuro, y en sus manos estará el destino de la patria. Por eso, ocuparse de su educación es más útil y provechoso que dedicarse a la «política estéril y apasionada». Porque lo que desea es una formación cívica, por encima de los intereses partidistas, y su propósito no es otro que «ayudar a los padres en la formación de sus hijos, para que éstos, cualesquiera que sea el sistema de gobierno de su país, lleguen a ser hombres de honor, de saber y de virtud»⁴, orgullo de la sociedad. Analizaremos aquí cómo desarrolla este programa Carlos Frontaura, limitándonos, por razones evidentes de espacio, a los tres primeros años de la revista, que bastan para dar una idea cumplida de cómo afrontó su director y principal colaborador esa complicada tarea.

1. Una patria para todos

En primer lugar, y por lo que hace al fomento de la consideración de España como patria común, de cuyas bellezas y bondades todos han de enorgullecerse y a cuya mejora y bienestar todos tienen que aspirar, se emplean varias vías. Por ejemplo, una serie de grabados de aceptable calidad con los principales monumentos españoles, como la mezquita de Córdoba o la catedral de Burgos⁵ y otra de biografías de españoles ilustres, antiguos y modernos, que a veces incluyen su retrato o su autógrafa⁶. Además, se publican grabados con trajes típicos de diversas regiones y mapas, como el que se regala con el número 7 del tomo primero, impreso a todo color, lo que es bastante insólito en una publicación de estas características, y que sin duda se hizo así con la intención de que resultase atractivo para los pequeños, pues se incluyen también varias sugerencias para hacer que se lo aprendan casi jugando. Con la misma idea, se anuncia la entrega, a partir del tomo cuarto, de los naipes de una baraja geográfica, cada uno de los cuales se dedica a una provincia, mencionando los pueblos y monumentos más importantes e incluyendo un pequeño mapa de la misma.

⁴ *Los Niños*, tomo I, n.º 1 (marzo de 1870).

⁵ Cfr. tomo I, n.º 1 y 7.

⁶ Los personajes elegidos son muy variados, y así podemos encontrar la de Guzmán el Bueno (tomo I, n.º 8) o la de Santa Teresa (tomo II, n.º 16) junto a la de Modesto Lafuente (tomo I, n.º 13) o Cánovas (tomo II, n.º 22).

Procura además Frontaura dar a conocer la historia patria, sea mediante las ya citadas biografías, que se publican casi en cada número, o a través de narraciones e incluso poemas sobre este asunto. El más notable de ellos es un ambicioso intento de resumir todo el pasado de España en unas pocas estrofas⁷. Por último, también podemos ver algunos artículos que insisten, de manera más directa, en la conveniencia de identificar el propio destino con el del país natal, como el dedicado al elogio de la historia⁸, o el que enaltece el patriotismo como uno de los sentimientos más nobles y naturales, concluyendo: «La patria es la segunda expresión de la familia; su gloria es nuestra propia gloria, su fortuna es la nuestra y nuestros son sus infortunios»⁹, por lo que debemos considerar su bien como asunto prioritario y cercano. Como vemos, se trata de acercar a los niños a la idea de pertenencia a una patria utilizando medios muy diversos, algunos muy sencillos y que intentan adaptarse a la mentalidad infantil y resultarles atractivos, mediante el empleo de dibujos o juegos, y otros más elaborados y de carácter puramente teórico, destinados probablemente a los más mayorcitos o a la lectura en familia: en cualquier caso, siempre se habla en un plano muy general, evitando cuidadosamente ser doctrinario o identificar la patria con este o aquel partido, porque de lo que se trata no es de discutir ni de abrir fisuras, sino de aunar voluntades e inculcar un sentimiento de colectividad.

Para conseguir una convivencia ordenada, es fundamental promover el espíritu de tolerancia, y eso es algo que nunca es demasiado pronto para aprender. En *Los Niños* no descuidan este aspecto. En el n.º 6 aparece un largo artículo, más bien destinado a los padres, sobre la necesidad de completar la educación intelectual con una formación del sentimiento, que no sólo ha de favorecer la generosidad y el sacrificio de los propios intereses en pro del bien común, sino que generará una sociedad más templada y tolerante, ya que los sentimientos mal encauzados fácilmente degeneran en pasiones, escapan al control de la razón y conducen a extremismos, y «si es difícil rectificar las ideas extraviadas, más difícil es todavía templar los sentimientos enconados»¹⁰.

Dirigidos de forma directa a los más pequeños, hay otros mensajes más sencillos. Bajo un gracioso grabado, se nos cuenta¹¹ la anécdota de un niño que, habiendo oído en la escuela, donde les explican la Constitución, que hay libertad de imprenta, ha dibujado una caricatura de su abuelo. El anciano ve el dibujo pero, lejos de enfadarse, aprovecha para instruir a su nieto sobre el verdadero sentido de la libertad, que no debe emplearse nunca «para faltar al respeto a nadie», sino para expresar con total independencia ideas benéficas y elevadas.

Unos meses más tarde, y en una sección dedicada a breves reflexiones morales, se compadece el anónimo autor de los niños que se aferran a sus opiniones, porque carecen de «la inteligencia necesaria» para comprender que saben poco y que pueden equivocarse, y así no escucharán a los que intenten sacarlos de su error. Por eso, la más provechosa de las ciencias es «aprender a oír, a razonar, a dudar

⁷ Aparece en el número 17 del tomo II (agosto de 1870).

⁸ Tomo I, n.º 3 (marzo de 1870).

⁹ CABALLERO DE RODAS, M.: «Deberes para con la patria», *Los Niños*, tomo II, n.º 22 (octubre de 1870).

¹⁰ CANCIO MENA, Juan: «Educación del sentimiento», *Los Niños*, tomo I, n.º 6 (abril de 1870).

¹¹ En el tomo I, n.º 9 (mayo de 1870).

de sí mismo, a pesar y juzgar las opiniones ajenas»¹², que siempre merecen respeto y consideración. Toda controversia debe desarrollarse con argumentos racionales, sin negar las discrepancias, pero sin recurrir nunca al desprecio ni a las descalificaciones personales. No hay que renunciar a decir lo que se piensa, pero hay que hacerlo, siempre y en cualquier circunstancia, «con buenas formas, es decir, sin dureza de palabras ni frases descompuestas»¹³.

Porque la sociedad no es un bloque homogéneo, ni tampoco un simple agregado de individuos, sino un todo organizado armónicamente, y para su equilibrio y buen funcionamiento «es preciso que no haya choques», que los «afectos volcánicos» no extravíen las mentes causando cataclismos. Y eso sólo la razón y el respeto podrán lograrlo. Pues «el respeto moderará nuestras pasiones», y de esta manera ayudará a construir una sociedad dichosa, regida por la armonía¹⁴. Si alguien nos parece equivocado y no podemos convencerle para que cambie de opinión, sólo tiene que inspirarnos «indiferencia»¹⁵, nunca deseos de atraerle violentamente a nuestro bando.

Para conseguir en el futuro estos deseables resultados, hay que empezar desde la infancia, y por eso es necesario impedir que se desarrollen los gérmenes de la intolerancia, que residen en la soberbia y en la ira. Mientras todavía es tiempo, hay que arrancar de raíz toda manifestación de estos peligrosos defectos, reprimir y castigar las conductas por ellos inspiradas y promover la humildad y la dulzura de carácter, y es éste un principio importantísimo, tal vez el principal para la educación de los futuros ciudadanos, si no queremos que el suelo patrio siga ensangrenándose a consecuencia de dolorosas guerras, o que los esfuerzos de los estadistas se ahoguen en estériles disputas.

Si se apuesta por la tolerancia, es lógico que se deteste la guerra, y así lo hace constar la revista. Con ocasión de la guerra franco-prusiana, se dedica un largo artículo a enumerar las desgracias y las dolorosas consecuencias que traen consigo las contiendas armadas, exhortando a los niños para que no tomen partido, sino que sientan pena y compasión por las familias de todos los combatientes, expuestas a perder uno o varios de sus miembros. Es preciso, les dice, «que vuestro sensible corazón se conmueva al impulso de un sentimiento de profunda simpatía hacia las madres, los hermanos y los hijos de los franceses y prusianos, hermanos nuestros todos, que mueren en esa horrible guerra de que estos días oís hablar a vuestros papás»¹⁶. Es interesante que no se trate de mantener a los pequeños alejados de las noticias ni se les oculte la realidad, sino que se saque de ella materia para formarles en los sentimientos adecuados.

Bien es verdad que a veces la guerra puede estar justificada, para defender a la patria contra invasores extranjeros, por ejemplo¹⁷. Pero, sea justa o injusta, «siempre es una gran calamidad», pues «cuesta la vida a muchos infelices soldados que van a ella contra su gusto»¹⁸, hombres que nacieron para vivir, trabajar y criar a

¹² «Pensamientos morales», *Los Niños*, tomo II, n.º 17 (agosto de 1870).

¹³ Tomo I, n.º 15 (julio de 1870).

¹⁴ CANCIO MENA, Juan: «El respeto», *Los Niños*, tomo III, n.º 12 (abril de 1871).

¹⁵ «Pensamientos», *Los Niños*, tomo IV, n.º 6 (agosto de 1871).

¹⁶ *Los Niños*, tomo II, n.º 17 (agosto de 1870).

¹⁷ Cfr. tomo II, n.º 22 (octubre de 1870).

¹⁸ MONTES, P. D.: «Lo que es la guerra», *Los Niños*, tomo V, n.º 15 (mayo de 1872).

sus hijos, y que mueren prematuramente o quedan inútiles por la cuedad de unos enfrentamientos que dejan en la sociedad unas heridas profundísimas y cuyos daños no pueden repararse. Por eso llegan incluso a criticarse los juegos bélicos, que insensibilizan a los pequeños ante la violencia, y así vemos, por ejemplo, bajo un grabado de gran tamaño representando a un muchacho con un fusil y un cañón de juguete, la crítica pertinente. Es un crío «que no piensa más que en guerras, destrucción y muerte» y que se pasa el día disparando, con grave daño de los muebles y del gato de la casa, que andan desportillados y contusos. Con esas costumbres, de mayor será un hombre violento o incluso «un terrible revolucionario»¹⁹, mientras que con otros juegos y con más horas dedicadas al estudio, llegaría a ser un ciudadano útil y pacífico. Lo mismo, más o menos, se dice bajo otro grabado que representa a unos niños que juegan a la guerra, pues por mucho que se hable de las glorias bélicas, son mejores aquellas que se obtienen gracias a la lectura de buenos libros, y además a éstas no las «empañan nunca las manchas de sangre que oscurecen»²⁰ las obtenidas con las armas.

2. Política y civismo

Grandes enemigos de la convivencia, por paradójico que pueda parecer, son los políticos. Y es que, aunque los habrá beneméritos y que dedican su vida a la mayor gloria de la patria, lo cierto es que la mayoría se dejan cegar por sus intereses de partido, pensando más en ellos que en el bien de la nación; y a ellos se une una multitud de gentes arrastradas por la vanidad y el orgullo, que sólo quieren figurar o vivir a costa del presupuesto y que acaban de envenenar la práctica de la política. Es ésta una posición profundamente conservadora y que, medio siglo después, acabará desprestigiando la idea misma de la democracia parlamentaria y favoreciendo el desarrollo de los autoritarismos, pero era una idea, por otra parte, muy extendida en la literatura de la época, y nuestra revista se hace eco de ella. Ya desde el artículo de presentación, Frontaura culpa a los políticos de las agitaciones que han ensangrentado España y proclama que, para una convivencia pacífica, lo que se necesita ante todo es educar al pueblo, y para eso, para educar a los futuros ciudadanos, escribe él. Y concluye: «¡Ojalá los que se han dedicado a hablar de política al pueblo antes de instruirle, le hubieran instruido antes de hablarle de política! Otra sería la suerte de la nación y no tendríamos que temer sangrientos conflictos»²¹. Y es que los que no están debidamente formados pueden confundir la libertad con la falta de respeto a los otros, como le sucede al niño antes citado²², a quien una insuficiente información sobre los derechos constitucionales le inducen a ofender a su abuelito.

Tan peligrosos como los ignorantes, y más culpables que ellos, son los listillos que, sin formación ni honestidad, aspiran a un puesto como una forma fácil de ganarse la vida y de brillar socialmente. Como el personaje que nos pinta Frontaura en una novelita por entregas, un joven vano, derrochador, sin estudios y

¹⁹ *Los Niños*, tomo V, n.º 4 (febrero de 1872).

²⁰ Tomo II, n.º 19 (septiembre de 1870).

²¹ *Los Niños*, tomo I, n.º 1 (marzo de 1870).

²² Ver nota II.

rematadamente vago. No hacía nada en absoluto, pero «estaba esperando que entrasen en el poder amigos suyos, en cuyo caso él no podría menos de lograr una ventajosa posición, un empleo importante; y luego sería diputado, y después ¿quién sabe? Puede que en la primera crisis se echase mano de él para un ministerio»²³. Hay que decir en honor del autor que un personaje con tan escasas prendas no logrará finalmente sus propósitos.

Pero se insiste en los peligros de la ambición. Es el mensaje que subyace en una fabula titulada significativamente «La revolución de las flores», donde las flores vanidosas abandonan el jardín doméstico deseando lucir más en un sitio más visible y acaban marchitas y pisoteadas²⁴. O el que se explicita en un artículo, traducción de un escrito del obispo de Orleans, donde se fustigan los riesgos del orgullo y de la envidia, que engendran locas aspiraciones y sueños peligrosos, precipitando «a muchos jóvenes en las utopías antisociales»²⁵. En un tono mucho más ligero, el grabado de dos niños disputándose a puñetazos la posesión de unos muñecos recibe el siguiente título: «Dos políticos del porvenir»²⁶.

Y es que frente a la política aparece, como una opción mucho más provechosa y benéfica, el verdadero civismo, la virtud del perfecto ciudadano, que no se cimienta en la ambición, sino en la generosidad y el esfuerzo, y que se manifiesta en una vida tranquila, con ideales bien forjados en una cuidadosa educación y dedicada al trabajo y a la vida familiar.

La generosidad es básica porque nos empuja a posponer nuestros deseos en pro de los demás. Por eso se ruega al pequeño lector: «No te niegues nunca a hacer lo que puedas por los demás, considerando que es el deber de todos en la sociedad»²⁷. Muy relacionado con ella está el sentido del deber, y así no sólo se afirma que, cuando éste falta, se ausentan también todas las virtudes²⁸, sino que menudean los artículos dedicados a los deberes particulares, para con los padres, para con los ancianos... Otra virtud fundamental es la sinceridad, base del crédito, que es indispensable para la convivencia, y el propio Frontaura se encarga de hacer notar que «la palabra de un hombre de bien ha de ser siempre expresión de la verdad, y así se gana la reputación, el crédito, la confianza»²⁹. Por eso, en una historieta ilustrada con un grabado de buen tamaño, se aplaude la iniciativa de un niño que, pese a ser tan aturdido como para haber roto un jarrón, comprende su deber y la importancia de ser sincero, y confiesa su culpa a su madre, lo que le vale ser dispensado del castigo³⁰.

Para lograr una actitud tan positiva, es imprescindible educar a los hijos, y eso es algo tan difícil que deben colaborar estrechamente los padres y los maestros. Por eso Frontaura encuentra muy mal que se lleve a los niños a los internados, lejos de la atenta mirada familiar, sobre todo cuando estos colegios están en el

²³ FRONTAURA, Carlos: «Lo que puede una mujer», *Los Niños*, tomo II, n.º 20 (septiembre de 1870).

²⁴ Tomo II, n.º 30 (diciembre de 1870).

²⁵ Tomo IV, n.º 10 (octubre de 1871).

²⁶ *Los Niños*, tomo V, n.º 8 (marzo de 1872).

²⁷ Tomo I, n.º 4 (abril de 1870).

²⁸ Tomo I, n.º 10 (junio de 1870).

²⁹ FRONTAURA, Carlos: «El niño embustero», *Los Niños*, tomo V, n.º 14 (mayo de 1872).

³⁰ Tomo VI, n.º 2 (julio de 1872).

extranjero. Puede que estas instituciones sean ventajosas si lo que se quiere es una instrucción de puro lucimiento, pero quien desee hacer de sus hijos e hijas «buenos ciudadanos, buenos padres y buenas madres de familia», no debe dejarse deslumbrar, sino buscar «una educación sólida»³¹, fecundada por el ejemplo. Y para ello son mejores las escuelas de la propia patria, cerca del hogar, y en especial las escuelas católicas, de las que hace un encendido elogio³².

Peor aún es dejar a la prole en manos de los criados. Allí aprenden «palabras no muy cultas» y «malas costumbres», volviéndose groseros y descortesés³³, como los que se juntan con los pilletes de la calle y aprenden de ellos «palabrotas impropias». Además, si las criaturas pasan el día en las dependencias del servicio, los padres no observan sus juegos, de los que se sacan conclusiones muy interesantes para luego poder modelar su carácter. Por eso se ruega a los padres que no confíen «sus pequeñuelos a manos extrañas», pues «la persuasión y el ejemplo»³⁴, junto con la constante vigilancia, son los caminos más seguros para el éxito formativo.

Tan importantes como los padres son los maestros, y su trabajo es el más importante y honorable de todos, pese a que no les proporcione «riquezas, honores ni grandeza alguna, sino un modesto sueldo casi siempre mal pagado»³⁵. Por eso hay que enseñar a los niños a amarlos y respetarlos y a seguir siempre sus consejos, y los padres deberán colaborar siempre con él, sin quitarle nunca la razón por atender a los caprichos de su hijo. Y es que la escuela «es la base de la civilización, de la virtud y del trabajo», y da acceso a un modo de vida más cómodo, a mejores trabajos, pues «aunque todos los oficios son honrosos y en todos ellos se puede ser hombre de bien», no hay duda de que una buena educación abre muchas puertas, y quien la recibe «siempre tendrá una gran ventaja»³⁶.

Ir a la escuela es el primer deber del futuro ciudadano, y debe sentirse muy orgulloso de cumplirlo, como el crío que aparece en un grabado y que, apenas ha aprendido a leer, ya le está enseñando las letras a su hermanito para irlo preparando³⁷. Por eso son unos irresponsables «los padres que por indolencia o debilidad y mal entendida tolerancia, no obligan a los niños a ir todos los días a la escuela»³⁸. Muy diferente es este otro padre, del que, bajo el grabado de dos niñas guardadas bajo sendos paraguas, se nos dice que estaba «persuadido de que la lluvia no mata a nadie y de que los niños no deben perder un solo día de estudio, a no ser por enfermedad»³⁹, de manera que no les permitía quedarse en casa por adversa que fuese la meteorología. O esa madre trabajadora que, en otro grabado, sorprende a su hijo haciendo novillos y le castiga severamente, consciente de que «los chicos que se acostumbran a faltar a la escuela, a la holganza y a las malas compañías, van por el camino derecho que conduce al presidio»⁴⁰. Y es que, lo

³¹ FRONTAURA, Carlos: «Lo que puede una mujer», *Los Niños*, tomo I, n.º 2 (marzo de 1870).

³² Tomo VI, n.º 18 (diciembre de 1872).

³³ Tomo III, n.º 3 (enero de 1871) y n.º 6 (febrero de 1871) y tomo I, n.º 10 (febrero de 1870).

³⁴ Tomo I, n.º 4 (abril de 1870).

³⁵ Tomo I, n.º 9 (mayo de 1870).

³⁶ Tomo II, n.º 25 (octubre de 1870).

³⁷ Tomo II, n.º 24 (octubre de 1870).

³⁸ Tomo II, n.º 25 (octubre de 1870).

³⁹ Tomo VI, n.º 17 (diciembre de 1872).

⁴⁰ *Los Niños*, tomo III, n.º 9 (marzo de 1871).

mismo que la instrucción abre las puertas para una vida basada en el mérito, la ignorancia lleva a la pobreza y predispone para el vicio. La mayoría de los mendigos y de los criminales son analfabetos, «de manera que bien puede deducirse que el que no sabe leer tiene mucho adelantado en el triste camino del vicio y de la miseria»⁴¹. La misma idea se expone mediante un cuento en el que dos hermanos gemelos se comportan de manera muy distinta, el uno holgazaneando y perdiendo el tiempo todo el día, y el otro estudiando con aplicación, lo que todavía le deja algún rato para los juegos propios de su edad. Con los años, éste se convierte en un hombre de pro, que se gana bien la vida y es querido por todos, mientras que su hermano acaba en la miseria y en la soledad más amarga⁴².

Un auxiliar muy poderoso de la educación son las buenas lecturas, imprescindibles en la formación de «los tiernos niños que han de ser mañana ciudadanos», por lo que fomentarlas es una buena cosa si se quiere «reconstruir el venerando edificio» de la patria, que se encuentra casi en ruinas, «quebrantado y aporillado» en estos tiempos revueltos, sometido «al embate de furiosos y destructores huracanes»⁴³. Por eso Frontaura se siente muy orgulloso de contribuir a ello con su revista, tan adaptada a la mentalidad infantil, y lo hace notar no sólo en el artículo aquí citado, sino en otras ocasiones, como en el texto que acompaña a un grabado de una madre y su hijo leyendo juntos, donde se dice que el pequeño, que detestaba la lectura, se ha aficionado a ella gracias a *Los Niños*, y que las ilustraciones sirvieron de gancho para atraerlo⁴⁴.

3. Trabajo, ahorro y familia

Tras el periodo de aprendizaje, ha de venir una vida dedicada al trabajo, y es éste objeto de constantes elogios a través de diversos números. Así, aparecen críticas a la pereza y la indolencia⁴⁵, y con mayor frecuencia aún elogios a la laboriosidad y exhortaciones a la diligencia: «No perdáis una hora siquiera» (lo que resulta un tanto angustioso), «El fruto del trabajo es el más dulce de todos los frutos», «Ninguno ha nacido en el mundo para no hacer nada», «Nada es tan insoportable para el hombre como permanecer en pleno reposo, sin pasión, sin quehaceres», «la ociosidad acorta insensiblemente la duración de la vida»⁴⁶, y muchas otras del mismo jaez. Además, se pone el mérito y el esfuerzo por encima del brillo. El hierro es más útil que el oro, se afirma, y por ello es realmente más valioso. Del mismo modo, el talento es un capital preferible a las riquezas⁴⁷ y, unido al esfuerzo, da a los hombres unos títulos de nobleza más respetables que los hereditarios⁴⁸. Además, esforzarse es el medio legítimo para conseguir las comodidades

⁴¹ Tomo I, n.º 6 (abril de 1870).

⁴² ARMIÑO, Robustiana: «El estudio y la pereza», *Los Niños*, tomo V, n.º 6 (febrero de 1872).

⁴³ *Los Niños*, volumen V, n.º 15 (noviembre de 1871).

⁴⁴ Tomo III, n.º 15 (mayo de 1871).

⁴⁵ Tomo II, n.º 26 (noviembre de 1870); tomo III, n.º 11 (abril de 1871); tomo IV, n.º 14 (noviembre de 1871).

⁴⁶ Tomo IV, n.º 2 (julio de 1871); n.º 7 (septiembre de 1871); n.º 18 (diciembre de 1871); tomo VI, n.º 7 (septiembre de 1872) y n.º 8 (septiembre de 1872).

⁴⁷ Tomo II, n.º 27 (noviembre de 1870) y n.º 29 (diciembre de 1870).

⁴⁸ Tomo III, n.º 14 (mayo de 1871).

materiales, que no son de despreciar, pues «el dinero no se encuentra tirado en la calle, sino a fuerza de mucho trabajo y de gran actividad»⁴⁹. Bajo un grabado que representa a dos desharrapados a quienes se les hace la boca agua ante el escaparate de una confitería, se nos dice que, como esos sujetos no quieren trabajar, no tienen dinero, y así «será difícil que puedan regalarse nunca con los dulces que admiran»⁵⁰, lección algo simplista pero sin duda fácil de entender para los jóvenes y presuntamente golosos lectores.

Además, los tiempos están muy revueltos, «época es la actual de grandes conmociones sociales», y como consecuencia de ello, «familias que vivían en el lujo y los placeres» han visto transformada su existencia, cayendo «envueltas en la ruina»⁵¹, y en semejantes circunstancias, sólo los hábitos de trabajo constituyen una riqueza segura y pueden garantizar, si no la abundancia, a lo menos la subsistencia. Por eso unos padres burgueses, preocupados por el futuro de su hija, preferirían casarla con un hombre «bueno, honrado y laborioso», aunque «no tuviese fortuna», antes que con un rico indolente, en cuyas manos el dinero se perderá con gran facilidad. Además, los seres así no suelen ser responsables y con frecuencia abandonan a su familia a la primera dificultad, mientras que «el pobre trabajador, inteligente y honrado, no se muere nunca de hambre y siempre cumple sus deberes»⁵². Seres así mejoran casi siempre su posición, mientras que los vagos la arruinan y degeneran también moralmente. Por eso los primeros suelen ser felices, y desdichados los segundos, por grandes que sean sus posesiones.

El mejor auxiliar del trabajo, su compañero inseparable, es el ahorro, y nuestra revista tampoco se olvida de fomentarlo⁵³. Ilustrado con un grabado que representa a un niño con una hucha, se publica la historia de Pepito, hijo de un modesto albañil. Recibe el niño el regalo de una alcancía, y se acostumbra a guardar en ella la mitad de las escasas propinas que le dan sus padres. De este modo, cuando el albañil cae del andamio y pasa un buen tiempo sin poder trabajar, Pepito cuenta con algunos recursos, que le permiten convertirse en vendedor de periódicos. Puede así asegurar la subsistencia de la familia hasta que se recupera su padre, pero nunca olvida meter en la hucha aunque no sea más que unos céntimos. Van aumentando las economías y el niño abre una cuenta en la Caja de Ahorros, y así en cinco años junta el capital necesario para comprar una pequeña librería y, como no abandona nunca sus saludables hábitos y es un joven activo, inteligente y honrado, a los veinticuatro años es un librero rico y respetado, que piensa en casarse y que, cuando tenga un hijo y éste cumpla seis años, le regalará una hucha «para que aprenda lo que pueden la economía y la honradez»⁵⁴.

El final de la historia es significativo, no sólo porque, como suele ocurrir en este tipo de cuentos ejemplares, la recompensa de una conducta correcta no se deja para el cielo, sino que se disfruta ya en este mundo, y en un plazo de tiempo

⁴⁹ FRONTAURA, Carlos: «Los padres y los hijos», *Los Niños*, tomo IV, n.º 9 (septiembre de 1871).

⁵⁰ Tomo III, n.º 9 (marzo de 1871).

⁵¹ FRONTAURA, Carlos: «Las grandezas humanas», *Los Niños*, tomo II, n.º 19 (septiembre de 1870).

⁵² FRONTAURA, Carlos: «Lo que puede una mujer», *Los Niños*, tomo I, n.º 12 (junio de 1870).

⁵³ Ver por ejemplo tomo II, n.º 21 (septiembre de 1870).

⁵⁴ ZAMORA, E.: «La alcancía», *Los Niños*, tomo V, n.º 7 (marzo de 1872).

razonable, sino porque pone como un complemento necesario de estas virtudes la vida doméstica, ya que se transmiten de padres a hijos, mediante la persuasión y el ejemplo. En efecto, el matrimonio, la familia, es la base de la sociedad, y en su seno hallan su marco más adecuado los afectos y las cualidades del buen ciudadano. Y esta idea se repite casi en cada página. Por citar dos ejemplos muy visibles, veamos dos grabados. En uno de ellos, se representa un interior de casa acomodada, con cuadros, cortinas y otros adornos. En dos sillones contiguos, un joven matrimonio contempla los juegos de un niño de unos dos años, y en el texto del pie se nos informa de que estos esposos podrían, por su posición, frecuentar los salones y gozar «los placeres del mundo», pero que prefieren su hogar y dedicarse a la educación de su pequeño. En el otro, vemos a un hombre de cierta edad haciendo saltar sobre sus piernas a una niña. Gracias al texto, sabemos que este caballero era antes un libertino; ahora, sin embargo, se ha reformado y es «sumamente laborioso, formal, constante en el cumplimiento de sus deberes, morigerado y digno». Y este cambio radical se debe a que ha fundado una familia y tiene una hija, que es su orgullo y su esperanza⁵⁵. La familia, pues, no sólo conserva los buenos hábitos, sino que los fomenta, los crea y en ocasiones hasta llega a obrar milagros.

Además de estas recomendaciones fundamentales, hay otras de carácter secundario, pero también muy convenientes para mejorar el país. Por ejemplo, el fomento de la limpieza y el orden, que es constante y al que se dedica un largo artículo⁵⁶, pues se consideran saludables para el cuerpo y a la vez favorecedores de un modo de vida reglado por la razón y por la moral. O el respeto a los principios religiosos que, al menos en la infancia, tanto contribuyen a inspirar sentimientos delicados y altura de miras y a desarrollar virtudes como la humildad o la resignación y evitar pecados como la soberbia y la envidia, lo que tanto contribuirá al mantenimiento de la paz social, mientras que la impiedad es antisocial y se relaciona estrechamente con la vanidad y la petulancia⁵⁷. En cambio, constantemente se pone en guardia a los pequeños contra las supersticiones, que van contra la razón y contra el recto modo de entender la religión y sólo inducen a comportamientos absurdos⁵⁸.

Por razones parecidas hay que desterrar los juegos y diversiones brutales (incluidos los toros, que reciben durísimas acusaciones, llegándose incluso a afirmar que, mientras no se supriman las corridas, «no podremos decir que estamos completamente educados y civilizados»)⁵⁹. Y es que, además de favorecer las pasiones irracionales, hacen tolerable la violencia y acostumbra a la crueldad, perjudicando, por tanto, la armonía y el desarrollo de unos valores de paz y tolerancia. Queriendo, por el contrario, favorecer la dulzura de costumbres, la suavidad en las maneras y la sensibilidad y los buenos sentimientos, *Los Niños* emprende una verdadera campaña contra el maltrato a los animales, que desgraciadamente podía considerarse parte de las distracciones habituales en la España de la época. Y lo

⁵⁵ Tomo IV, n.º 13 (noviembre de 1871) y tomo VI, n.º 5 (agosto de 1872).

⁵⁶ Tomo IV, n.º 14 (noviembre de 1871).

⁵⁷ Por ejemplo, ver tomo I, n.º 14 (julio de 1870).

⁵⁸ A este respecto, entre otras cosas, el largo artículo de ARNAO, Antonio: «Algunas preocupaciones», *Los Niños*, tomo III, n.º 5 (febrero de 1871).

⁵⁹ *Los Niños*, tomo I, n.º 15 (julio de 1870).

hace además con mesura, estableciendo distinciones en el trato que deben recibir los diferentes animales. Por ejemplo, las bestias de carga o las diferentes especies destinadas a la mesa no deben sufrir sin necesidad, y se critica incluso la afición a la caza como mero deporte, atribuyéndole los mismos defectos que a la fiesta nacional; pero tampoco resulta adecuado compadecerse de su suerte, pues supondría una «sensiblería (...) un poquito ridícula»⁶⁰. Luego están otras criaturas, útiles sin duda, pero con los que no se establece una relación demasiado profunda, como las ovejas o las vacas, que merecen los cuidados de la familia que está a su cargo⁶¹ y que se pueden utilizar para desarrollar en los niños hábitos de responsabilidad y de ternura. A veces, y pese a su limitada inteligencia, también dan inesperadas muestras de gratitud a sus benefactores, como el conejito que una niña caritativa salva de la cazuela en memoria del cariño que le tenía una anciana a la que ella cuidaba y que ha fallecido, el cual, royendo una cajita que la difunta legó a su pequeña enfermera, descubre un doble fondo repleto de joyas⁶². Mención aparte merecen los gatos, esos seres extraños a los que no se les debe «maltratar, pero tampoco mimar demasiado», ya que son útiles, graciosos y limpios, pero pueden hacer daño si se les exaspera⁶³. Y por último, en el escalón más elevado, los perros. Frontaura considera que nos dan muchos ejemplos «de fidelidad, valor, constancia y abnegación», y que merecen nuestra estima, de manera que hasta resulta muy fundado desconfiar de la persona «que se complace en atormentar»⁶⁴ a estos mamíferos tan especiales. Se insiste sobre el tema en muchas ocasiones⁶⁵ y a veces se adorna con narraciones breves o con ilustraciones comentadas, como unos niños buenos dando de comer a un perro abandonado, un fiel mastín salvando a un bebé de perecer ahogado o un pobre huerfanito que vive de la caridad y que no tiene más amigos que un perro, que con sus juegos y «sus caricias le infunde aliento, le consuela y le hace amable la vida»⁶⁶. La abundancia y variedad de referencias deja ver a las claras que para Frontaura era éste un asunto bastante importante a la hora de ayudar a desarrollar en el niño sentimientos adecuados.

4. Las clases sociales

Uno de los asuntos que más preocupaba a los políticos de la época, especialmente con motivo de los sucesos de la Comuna, era la llamada cuestión social, y todos los autores buscan el modo de abrir cauces para una solución pacífica pero que incorpore algunas de las justas demandas de los obreros. En realidad, esta cuestión quedó pendiente y motivó el nacimiento y progresivo ahondamiento de una zanja de incomprensión entre los liberales, incluso los más progresistas, y el movimiento obrero. Pese a buenos intentos de una y otra parte, lo cierto es que

⁶⁰ Ver a este respecto el comentario al grabado «La niña sensible», *Los Niños*, tomo VI, n.º 18 (diciembre de 1872).

⁶¹ «La ovejuela enferma», tomo IV, n.º 16 (diciembre de 1871).

⁶² Tomo II, n.º 21 (septiembre de 1870).

⁶³ Tomo I, n.º 12 (junio de 1870).

⁶⁴ Tomo I, n.º 2 (marzo de 1870).

⁶⁵ Tomo I, n.º 13 (junio de 1870); tomo II, n.º 20 (septiembre de 1870) y n.º 28 (diciembre de 1870).

⁶⁶ Tomo III, n.º 6 (febrero de 1871) y tomo V, n.º 1 (enero de 1872).

no se entendían y desconfiaban profundamente del otro, y ésta es una de las principales causas del fracaso de la Gloriosa y el anquilosamiento de la Restauración. Y también en este asunto *Los Niños* es un hijo de su tiempo y, precisamente por la sencillez, hace más patentes los motivos por los cuales la llamada cuestión social desembocó en un callejón sin salida y condujo finalmente a un enfrentamiento tan sangriento como doloroso.

En primer lugar, vemos que los pobres inspiran a los burgueses una profunda desconfianza, que tal vez disfraza un oscuro temor. Por pequeños que sean, ya llevan en sí la mala semilla. No han tenido ejemplos convenientes ni educación adecuada, y así son «todo lo malos que se puede ser»⁶⁷, y si no resultan aún más dañinos es porque carecen de fuerzas y de medios para ello. Así que los sentimientos que inspiran no son muy benévolos. En algunos casos, se les contempla con bastante superioridad, teñida de compasión, y se dice que «hay que sufrir sus groserías con paciencia»⁶⁸, compadecerlos y socorrerlos, mientras que se agradece a Dios el que nos haya dado «tan distinta suerte», de modo que no somos ni seremos «nunca parecidos a esos pilletes»⁶⁹, con lo que se insinúa que la mejora de las condiciones de vida es algo muy difícil y casi imposible, y que el lugar en el que se nace es prácticamente una fatalidad. En otros casos, la mirada se endurece, el corazón se cierra, y se contempla con temor a los indigentes, viendo en ellos una posible amenaza y no encontrando para conjurarla otra solución que la represión. Y es que hay pobres que tienen la culpa de serlo, porque se han entregado a la holganza y a los vicios, y en este caso, la sociedad tiene el derecho y el deber «de alejar a los vagos y viciosos a donde no sean miembros corrompidos de ella»⁷⁰, o sea, a la cárcel. Desde pequeñitos, los niños que manifiestan malas inclinaciones y además carecen de recursos comienzan ya a andar «el camino derecho que conduce a presidio»⁷¹, y así el grabado de un chaval desharrapado y roto lleva por pie esta terrible frase: «Un aprendiz de presidiario»⁷². Y es que cuando los pobres, además de serlo, no responden a la actitud deseada, no merecen ni siquiera nuestra compasión, es inútil intentar redimirlos y hasta resulta perjudicial socorrerlos, pues así sólo fomentamos el abandono y la irresponsabilidad. Por eso se critica, por ejemplo, que en los cuarteles repartan las sobras del rancho, ya que gracias a esta munificencia muchos niños prefieren, en vez de «estar sujetos a un taller aprendiendo a trabajar» vivir sumidos en la vagancia alimentados por «el rancho del cuartel»⁷³. Es una existencia bien precaria para que se pueda pensar que ha sido verdaderamente elegida, pero el anónimo autor no se deja ablandar: por muy mísera que sea la situación en la que una familia se encuentre, siempre se puede velar por los hijos, preocuparse por su porvenir y transmitirles unos principios que los conviertan en personas útiles.

Y a la cabeza de ellos está la resignación. Aceptar la propia condición con paciencia y hasta con alegría, sin rebelarse contra ella ni tratar de poner patas arriba la

⁶⁷ Tomo II, n.º 20 (septiembre de 1870).

⁶⁸ «Los pobres», *Los Niños*, tomo II, n.º 25 (noviembre de 1870).

⁶⁹ Tomo VI, n.º 13 (noviembre de 1872) y tomo II, n.º 17 (agosto de 1870).

⁷⁰ Tomo III, n.º 4 (febrero de 1871).

⁷¹ Tomo III, n.º 9 (marzo de 1871).

⁷² Tomo II, n.º 27 (noviembre de 1870).

⁷³ Tomo IV, n.º 14 (noviembre de 1871).

sociedad para mejorarla, es el único camino para que el pobre no sólo sea aceptado y reconocido como participante de la ciudadanía e incluso merecedor de beneficios, sino que incluso llegue a prosperar, siempre por sus pasos medidos y gracias a un esfuerzo ímprobo o a méritos extraordinarios, como pasó con Hartzenbusch, que pasó de honrado y humilde ebanista a prestigioso escritor gracias a su buen talante y a su «estudio y aplicación constantes»⁷⁴. La aceptación de la pobreza es una condición para ganar la felicidad propia y el respeto ajeno. A la niña que trabaja sin cesar desde el amanecer no se le promete otra cosa que las satisfacciones de la virtud y la seguridad de que hará feliz, cuando crezca, al «pobre que se case con ella»⁷⁵. Ni siquiera se endulzan sus sueños con la idea de un matrimonio ventajoso, por intachable y laboriosa que sea su vida. Lo mismo que el obrero incansable y callado sólo puede aspirar a que todos le respeten y le miren con simpatía, lo mismo que contemplamos a nuestra patria, España, también ella pobre, pero llena de dignidad y merecedora por tanto de nuestro amor⁷⁶. En estas condiciones, la escasez, aunque no sea deseable, sí es un modo de vida capaz de proporcionar la dicha y una vida tranquila. De hecho, es incluso preferible al lujo, pues «sólo las inclinaciones sencillas, sólo los gustos inocentes procuran una verdadera felicidad al alma»⁷⁷, y nadie mejor preparado para ellos que quien no conoce otra cosa ni ha tenido posibilidades de conocerla. Y, al fin y al cabo, hasta en la mejor organizada de las sociedades resultan inevitables las desigualdades.

Se nos presentan varios ejemplos prácticos de pobres si no satisfechos a lo menos conformes. Como una madre de familia, cuyo marido no tiene trabajo fijo, por efecto de las alteraciones políticas, que retraen el dinero y dificultan que los que no tienen otro patrimonio que sus manos puedan procurarse su pan. La culpa no es de Dios, sino de los hombres, «porque están desunidos y unos son enemigos de otros, y reinan entre ellos ambiciones desatentadas, envidias implacables y rencores profundos», y quienes acaban pagando el pato son precisamente los más desfavorecidos. Pero ella no se queja: ya saldrá adelante. «Dios no nos abandona mientras nos dé resignación y honradez», con las que se puede siempre rechazar las tentaciones de la codicia y «arrostrar la pobreza con ánimo fuerte y conciencia tranquila»⁷⁸.

El tono declamatorio de esta madre y sus alusiones a las maldades de la situación política eran un mensaje un poco difícil de asimilar para los más pequeños, así que también se siguen otros caminos. Bajo un enorme grabado de una mujer con su hijo, casi un bebé, recogiendo leña en el bosque, se nos dice que estos dos seres son sumamente laboriosos, que no conocen la envidia ni se quejan de su suerte, y que siempre confían en Dios, por lo que merecen nuestra simpatía e incluso nuestra ayuda⁷⁹. Más adelante, debajo de la imagen de una familia humilde comiendo en una estancia modesta, pero acogedora y ordenada, y cuya felicidad doméstica se completa con un perro y un gato que, en buena armonía, aguardan

⁷⁴ Tomo I, n.º 12 (junio de 1870).

⁷⁵ Tomo I, n.º 13 (julio de 1870).

⁷⁶ Tomo II, n.º 16 (agosto de 1870) y n.º 23 (octubre de 1870).

⁷⁷ Tomo II, n.º 22 (octubre de 1870).

⁷⁸ FRONTAURA, Carlos: «Amor maternal», *Los Niños*, vol. II, n.º 27 (noviembre de 1870).

⁷⁹ Tomo IV, n.º 5 (agosto de 1871).

expectantes los restos de la cena, se dice que el padre de familia, aunque es un simple obrero, «no se cambiaría por ningún potentado», ya que su mujer y sus hijos son buenos y le quieren y él «tiene salud, puede trabajar» y espera en Dios⁸⁰. Y es que sólo así se puede ser dichoso, ya que la envidia envenena el alma, y a lo mejor ese rico cuya suerte deseamos está triste, o le sucede como a ese niño rico, cuyos trajes deslumbraban a todo el barrio cuando salía a pasear en su caballito, y que se quedó inválido precisamente de resultas de una caída de esa montura que todos, equivocadamente, hubiesen querido tener⁸¹.

Estos pobres ejemplares son los que merecen los beneficios de la caridad, y es nuestro deber auxiliarlos, tanto más por cuanto muchas veces son precisamente los más honrados los que menos exhiben sus necesidades. La virtud de la caridad es de las más excelsas, y proporciona a quien la ejerce «las mayores satisfacciones que se disfrutan en la vida», y que son de naturaleza «dulce e inefable»⁸². Por eso debe preferirse incluso al ahorro, que aunque es un hábito muy necesario, no debe llevarse hasta el extremo de impedir la limosna⁸³. La cumbre de la beneficencia tal vez la representen las Hermanitas de los pobres, a cuyo elogio se dedica un largo artículo⁸⁴ y que tienen la virtud de convertir la existencia más humilde en «aseada, simpática» y hasta agradable. Pero aunque no todos podamos conseguir tales prodigios, todos podemos hacer algo, y ésa es la razón por la que hay que acostumbrar a los niños, desde muy pequeños, a contemplar con compasión a sus semejantes que yacen en la miseria y a contribuir a su socorro, pues siempre hay algún pequeño capricho del que pueden prescindir en favor de los que nada tienen. Y la revista nos proporciona algunos ejemplos de ello. Dos niñas, por ejemplo, prefieren seguir con el sombrero de la temporada pasada y que sus papás gasten ese dinero en comprarle una manta a una pobre⁸⁵; otra, le da a un ciego las monedas que sus padres le habían regalado para que las gastase en la feria, otra reparte entre los pobres casi todos sus ahorrillos de todo el año, y que destinaba a la compra de una muñeca y una caja de dulces, y unos muchachos invitan a los niños pobres a dar unas vueltecitas en los cochecillos del Prado, sacrificando para ello los céntimos que destinaban a pasearse ellos mismos durante más tiempo⁸⁶. Son varias iniciativas que se proponen a los lectores, demostrándonos cómo está a su alcance, pese a lo limitado de sus recursos, hacer algo para mejorar la suerte del prójimo y para compartir sus bienes con los menos afortunados.

5. ¿Ciudadanas?

Para terminar nuestro recorrido, haremos referencia a la opinión que la revista tiene sobre las mujeres y la educación específica que han de recibir desde la infancia.

⁸⁰ Tomo V, n.º 13 (mayo de 1872).

⁸¹ Tomo VI, n.º 18 (diciembre de 1872).

⁸² CORTINA, F.: «La Caridad», *Los Niños*, vol. III, n.º 3 (enero de 1871).

⁸³ Tomo II, n.º 27 (noviembre de 1870).

⁸⁴ Tomo IV, n.º 17 (diciembre de 1871).

⁸⁵ Tomo II, n.º 26 (noviembre de 1870).

⁸⁶ Tomo II, n.º 22 (octubre de 1870); tomo VI, n.º 18 (diciembre de 1872); tomo IV, n.º 10 (octubre de 1871).

Era opinión muy generalizada que las mujeres diferían mucho de los hombres, y que si en éstos predominaba la razón y la actividad, en ellas la sensibilidad y el sentimiento, lo que las hacía más delicadas y cálidas, pero también más vulnerables al error. Quizá por eso necesitaban del auxilio de la religión, y si en el hombre podía disculparse cierto puntillo librepensador, siempre que fuera sin faltar a las formas, en las mujeres sería imperdonable.

Salvo en casos de imprevista tragedia o de miseria extrema, no han de esforzarse en ganar su vida. Es el varón el que sale a procurar el sustento de los suyos. Ella ha de permanecer en el hogar, manteniendo con su ternura y su dedicación un ambiente de paz, sosiego y armonía que es para el hombre reposo y purificación tras la dureza de la lucha y frente a la inmoralidad que reina por doquier. Así que la educación femenina ha de consagrarse a la preparación de buenas amas de casa, que sepan también coser y bordar por si han de utilizar estas habilidades para contribuir al sustento de su familia. Además de eso, se necesita una pequeña base de conocimientos, para ser una compañera más completa y comprensiva de su esposo, y una sólida formación moral y religiosa para hacer frente a la más importante de las tareas, educar a los futuros ciudadanos, hacer que los pequeños «lleguen a ser honrados y leales, al mismo tiempo que útiles a su patria y a sus conciudadanos»⁸⁷.

Es a través de sus hijos como la mujer llega a participar de la ciudadanía de forma indirecta, pues directamente le está vedada por su carácter impresionable e irracional, aunque dulce y desinteresado. Y es que ellas saben amar de una forma tan pura, sin esperar nada a cambio, que, como dice al autor antes citado, son criaturas casi celestiales, que se mancharían al contacto con los asuntos terrenos.

A la hora de formar a una niña, pues, es fundamental desarrollar las virtudes propias de su sexo y que son su principal encanto, a saber: «la dulzura, la amabilidad, la modestia, la compasión para todos los infortunios, el sentimiento de la caridad, la resignación, la humildad, la abnegación»⁸⁸. Cualidades todas ellas que suponen una negación de sí misma, pero que la convertirán en una perfecta esposa y madre, «la alegría y el bien del hogar». Y si hubiera que resumirlas en una sola virtud, sería la humildad, «la primera y más noble condición de la mujer buena»⁸⁹.

Por eso, por ejemplo, una joven madre encuentra más placer en vestir a su bebé que en engalanarse ella misma. Por eso las buenas hijas renuncian a comodidades que podrían conseguir legítimamente si para obtenerlas tienen que abandonar a su suerte a sus progenitores⁹⁰. Por eso las esposas perdonan siempre a sus maridos aunque sean viciosos, las maltraten o las abandonen, y en ocasiones su paciencia consigue reformarlos, como sucede con la protagonista de una novelita por entregas, que llega a quedar malherida por interponerse entre su marido y sus atacantes, en una pelea de tahúres, consiguiendo que él se arrepienta y, conmovido, le prometa: «Hoy rompo con el vicio. (...) Hallaré un recurso en el trabajo

⁸⁷ CORTINA, F.: «Los niños. Artículo dedicado a las madres», *Los Niños*, tomo I, n.º 4 (abril de 1870).

⁸⁸ FRONTAURA, Carlos: «La rebelde Mariquita», *Los Niños*, tomo VI, n.º 13 (noviembre de 1872).

⁸⁹ FRONTAURA, Carlos: «La niña caprichosa», *Los Niños*, tomo IV, n.º 11 (octubre de 1871).

⁹⁰ Tomo III, n.º 11 (abril de 1871) y tomo VI, n.º 4 (agosto de 1872).

más humilde y pediré a Dios que me perdone»⁹¹. Y ese sufrimiento que lo saca a él del fango de la depravación también ha sido beneficioso para ella, pues de niña mimada que era la ha convertido en mujer perfecta.

Sin llegar a estos heroísmos, sí que se insiste en preparar cada día a la niña para su futuro de ama de casa. Incluso los juegos son toda una iniciación, y así vemos grabados de chiquillas haciendo chocolate para sus muñecas o vistiéndolas y acunándolas. Así cuando sean mayores «no han de desdeñarse de entrar en la cocina a vigilar a las criadas» y llevarán también bien ensayados sus «deberes de buenas madres»⁹².

Y es que la ociosidad es el peor enemigo, pues desarrolla la frivolidad, favorece las vagas ensoñaciones y acaba poniendo en grave riesgo el honor de las jóvenes, cuya razón no es lo suficientemente sólida para salvarlas de una caída. Eso explica consejos como éste: «Aplicáte a la labor; / la aguja, niña, es un arma / escudo de tu pudor»⁹³. O decisiones como la de una anciana muy rica, pero que vive humildemente para que su nieta, huérfana y a su cargo, ignore su posición, se acostumbre a una vida sencilla y sea hacendosa, «modesta, humilde y compasiva, y andando el tiempo (...) una mujer modelo de esposas y de madres»⁹⁴.

El ideal de niña abnegada y laboriosa es la protagonista de otra narración. En el grabado que la encabeza la vemos, en un humilde interior, sonriendo dulcemente mientras mece la cuna de su hermanito. Su madre murió de parto, pero el hogar no se ha deshecho porque su padre, digno y trabajador, aunque de escasos recursos, ha encontrado en ella todo su consuelo. Aunque sólo tiene siete años, «ella tiene la casa como una tacita de plata; ella cuida de la ropa de su padre y de la del niño, y en último lugar de la suya, y aún le queda tiempo para tejer una colcha primorosa. (...) Ella lleva la cuenta del gasto de la casa y sostiene discusiones con la cocinera a propósito del gasto, en las que demuestra conocimientos matemáticos que no son muy del gusto, por cierto, de la susodicha cocinera»⁹⁵, de la que pronto podrá prescindir, pues está aprendiendo a guisar. Además, escribe graciosas cartas a las amistades de la familia y consuela y entretiene a su padre. Cuida de su hermanito sin perderlo de vista ni un momento, siendo una madrecita para él, y atiende a los animales domésticos, que la adoran. Y todo ello siempre contenta, sin parecer nunca desanimada, enfadada ni, lo que es más de extrañar, fatigada. La escuela ni se menciona. De los juegos, se nos dice que los considera incompatibles con sus muchas responsabilidades. Si éste es el retrato en miniatura de la mujer perfecta, es francamente desalentador y se requiere respirar hondo antes de intentar copiar el modelo. Y hasta podríamos preguntarnos si no resulta contraproducente, actuando como un revulsivo para alguna de las pequeñas lectoras, que con semejante ejemplo ante los ojos, procuraría llevar su vida por otro camino, lo más alejado posible de tan extenuante abnegación.

⁹¹ FRONTAURA, Carlos: «Lo que puede una mujer», *Los Niños*, tomo II, n.º 30 (diciembre de 1870).

⁹² Tomo III, n.º 10 (abril de 1871) y n.º 4 (febrero de 1871).

⁹³ Tomo I, n.º 10 (junio de 1870).

⁹⁴ FRONTAURA, Carlos: «La niña bien criada», *Los Niños*, tomo V, n.º 8 (marzo de 1872).

⁹⁵ FRONTAURA, Carlos: «La mujercita de su casa», *Los Niños*, tomo IV, n.º 6 (agosto de 1871).